

Estudios Sociales
Año XXVIII, Número 101
Julio-Septiembre 1995

AUTORITARISMO Y DEMOCRACIA EN LA POLÍTICA DOMINICANA

Margarita Cordero*

La dictadura trujillista

El libro de Rosario Espinal¹ "Autoritarismo y democracia en la política dominicana",² se agregó el año pasado a la todavía insuficiente bibliografía sobre la cultura política nacional. Lo hace con brillantez, constituyéndose en una excelente radiografía de las prolongadas tensiones entre las prácticas autoritarias y las ideas y propuestas liberales, cuyo balance resulta hasta hoy poco auspicioso para la construcción democrática.

Los cinco capítulos del libro recorren -de manera apretada para la extensión y complejidad de tan largo período- desde la formación del Estado-nación hasta el gobierno de Salvador Jorge Blanco. En

* Periodista.

1. Rosario Espinal, socióloga dominicana, es actualmente profesora de sociología en Temple University, Filadelfia. Se graduó en 1976 de Licenciada en Sociología en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra y en 1985 realizó un doctorado en Sociología en Washington University. Es autora de dos libros sobre política dominicana y latinoamericana. Ha publicado en numerosas revistas especializadas de América Latina, Estados Unidos y Europa.
2. La primera edición del libro fue auspiciada en 1987 por el Centro Interamericano de Asesoría y Promoción Electoral (CAPEL) en San José, Costa Rica. La segunda, en 1994, por Editorial Argumentos, en Santo Domingo, República Dominicana.

un apéndice se analizan los resultados sociales y políticos de las elecciones de 1990.

Al igual que la mayoría de los autores sobre el tema, Rosario Espinal otorga al discurso y a la práctica político-ideológica de la dictadura de Rafael Trujillo un papel esencial en la definición y arraigo de la cultura política autoritaria. Durante sus tres décadas de vigencia, las identidades colectivas se habrían constituido "fundamentalmente como 'masa silente' insertada a la sociedad a través del trabajo, el orden y la obediencia".³

Aunque la autora apenas lo sugiere, del análisis se desprende la influencia de la precaria base del desarrollo capitalista y la ruralidad demográfica y social en el surgimiento y consolidación del *régimen trujillista como proyecto asumido, a posteriori, por el conjunto de la sociedad*. La vocación disciplinaria del régimen habría satisfecho la latente necesidad de orden de la población, abrumada por la inestabilidad inherente a los caudillismos locales y a la montonera.

A partir del análisis de Espinal, parecería que el discurso trujillista provenía de la exclusiva matriz ideológica del dictador. Por ejemplo, Espinal⁴ le imputa concebir "al pueblo dominicano como un ente indisciplinado, a quien había que socializar (o mejor dicho re-socializar)...". Estudios recientes⁵ demuestran que el discurso trujillista refleja las visiones de una intelectualidad que prestará su colaboración voluntaria al proyecto autoritario y elaborará sus justificaciones teóricas. Constituían sus miembros una jerarquía social recelosa de las clases subalternas, a las que consideraban inferiores. Imbuidos de las ideas planteadas por José Enrique Rodó en su libro *Ariel*, los intelectuales propugnaban por una sociedad donde la separación entre la élite dirigente y el pueblo respondiera de

3. Pág. 55.

4. Pág. 63.

5. Ver Andrés L. Mateo, *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, Librería La Trinitaria e Instituto del Libro, Santo Domingo, 1993.

manera estricta a la oposición entre "superior" e "inferior". De acuerdo con Diógenes Céspedes, "...los nuevos intelectuales encontraron en la dictadura de Trujillo la realización del Estado ariellista: la calidad contra la tiranía del número".⁶

Este aspecto está ausente del análisis de Rosario Espinal, impidiendo entender con claridad el papel jugado por los intelectuales orgánicos en el surgimiento y consolidación del régimen autoritario. La omisión tiende a afianzar el extendido criterio de que la colaboración de los intelectuales se produjo a consecuencia de la coerción política e ideológica de la dictadura e, incluso, del terror y la violencia estatales. Para demitificar este planteo, Mateo⁷ recuerda que intelectuales de la talla de Rafael César Tolentino desempeñaron papeles protagónicos en la llamada "Revolución cívica de febrero", y que Trujillo incorporó a sus estrategias electorales a otros prestigiosos intelectuales, entre los que se contaban Tulio Manuel Cesteros, Ramón Emilio Jiménez, Rafael Damirón y Joaquín Balaguer.

Por otra parte, Espinal también omite toda referencia a los compromisos de la Iglesia Católica con el régimen, no obstante haber sido la religión un pilar fundamental en la construcción de la hegemonía político-ideológica trujillista. Además de las identidades colectivas construidas alrededor de las nociones de paz, orden y trabajo citadas por la autora, el régimen trujillista propicia el surgimiento de una identidad nacional en oposición a Haití sustentada en el catolicismo y el pro-hispanismo. Desde esa perspectiva que conjuga fe religiosa y raza, Haití, vuduísta y negro, es "lo otro" contra cuyo maleficio perverso deben preservarse la nacionalidad y la cultura dominicanas.

6. Céspedes, Diógenes, *El efecto Rodó. Nacionalismo idealista vs. nacionalismo práctico: los intelectuales antes y bajo la dictadura de Trujillo*, en *Cuadernos de Poética*, Año VI, No.17, enero-abril 1989, pág. 20.

7. Op. cit. pág. 79.

La etapa postrujillista

A partir del tercer capítulo, Espinal se adentra en el análisis de procesos políticos centrados en la "reconstrucción de identidades colectivas en torno a concepciones democráticas y la institucionalización de procesos democráticos".⁶ Acierta la autora al recrear la febrilidad organizativa provocada por el paso de un régimen monolítico y de partido único, a otro donde, pese a las confusiones e incertidumbres, proliferaron los espacios de expresión política y de reivindicación social y se multiplicaron rápidamente las ofertas partidistas.

Sin embargo, quizá resulte necesario profundizar en las calidades de los procesos políticos inmediatamente posteriores al trujillismo, reservando para una reflexión más exhaustiva la caracterización democrática de lo acontecido. Esto así porque la mayoría de los planteos de los nuevos actores políticos evidenciaban la hegemonía de una cultura política autoritaria más allá de las estructuras de la dictadura. La Unión Cívica Nacional, integrada por representantes connotados de las clases altas opuestas a Trujillo, soportó un proyecto oligárquico que limitó la refundación de lo estatal a la destrujillización formal de lo público, dejando informuadas las vías del reordenamiento que adecuaban el plano político-institucional a las modificaciones previstas en lo económico.

De su parte, aunque el populismo incorpora al discurso político del Partido Revolucionario Dominicano (fundado en el exilio) nociones democráticas de política y de ciudadanía, en los hechos la organización no propone una crítica de la cultura política sino del funcionamiento del sistema. La exitosa táctica de "borrón y cuenta nueva" diluye la posibilidad del decantamiento social. Los remanentes trujillistas terminaran favoreciendo electoralmente la candidatura perredeísta en el entendido de que si bien ésta no propiciaría su reincorporación al Estado --imposible en aquellos momentos--, sí

6. Pág. 83.

prometía la cohabitación entre fuerzas sociales y políticas que se entendían antagónicas.

Por razones históricas comprensibles, las izquierdas rechazaron la democracia como un engaño del sistema capitalista. El marxismo, asumido en su vertiente stalinista, les impidió crecer como sujeto social alternativo y rupturista con los modelos políticos heredados del trujillismo.

Los acontecimientos posteriores, que van desde el golpe de Estado contra el gobierno del profesor Juan Bosch en 1963 hasta la revolución constitucionalista de abril de 1965, exacerbarán las tensiones entre los conservadores y los autodefinidos liberales. Empero, las mismas no propiciarán un cambio en la cultura política. Para que ésto ocurriera, las fuerzas políticas progresistas debían repensarse a sí mismas, adquiriendo la capacidad de formular proyectos que trascendieran sus visiones sobre el quehacer político y la democracia.

Como ha sido constante a lo largo de la historia, en 1966 esas tensiones se resolverán a favor de la reinstauración del autoritarismo representado por Joaquín Balaguer. Hasta 1978, fueron suprimidas las libertades básicas de los sistemas democráticos, lo que junto al golpe de Estado y sus consecuencias, y a decir de Espinal,⁹ coartó "el desarrollo de la formación de identidades democráticas", aunque no las suprimió totalmente.

La autora propone algunas tesis controversiales respecto al papel jugado por el Partido Revolucionario Dominicano en la construcción de identidades democráticas. Al tiempo que reconoce la mediación carismática y personalista de los liderazgos encarnados en Juan Bosch y Peña Gómez, se refiere como fenómeno simultáneo a "una práctica democrática-popular expresada en una amplia organización partidaria de Comités de Base a nivel local y nacional, donde los ciudadanos concurrían a participar en la construcción del partido".¹⁰

9. Pág. 101.

10. Pág. 150.

Más adelante agrega¹¹ que el proyecto perredeísta de democratización de la sociedad encontró obstáculos internos y externos entre los que cita: 1) el liderazgo personalista; 2) escasa representación de grupos organizados (obreros, campesinos, pequeñoburgueses, burgueses) en el PRD; 3) escaso desarrollo de la sociedad civil; 4) gobierno en época de crisis; 5) relación Estado-sociedad fundada en el autoritarismo, la exclusión y el clientelismo.

Párrafos después, Espinal alude a las luchas intrapartidistas por el control de la organización y del Estado. Atribuye a la tendencia del presidente Antonio Guzmán representar la tradición personalista y clientelista, en tanto que Salvador Jorge Blanco desde el Congreso y José Francisco Peña Gómez como líder del partido, serían portadores de las ideas y prácticas modernas y democráticas.

La historia refuta estas caracterizaciones políticas. Lo cierto es que ambas tendencias, diferencias terminológicas aparte, sustentaban visiones y prácticas políticas similares en las que la democracia, la participación y la modernidad tenían valor retórico. Si a distinto a su antecesor Antonio Guzmán, Salvador Jorge Blanco no llegó a pedir al Congreso poderes especiales, sí desarrolló un estilo de gobierno centrado en sus decisiones y en las de sus más cercanos colaboradores.

Efectos prolongados del autoritarismo

Sin obviar la diferencia de matices, en ocasiones importantes, puede afirmarse que el conjunto de las fuerzas políticas adolece de propensión autoritaria. Expresión clara de esto es que la lógica de la lucha inter e intrapartidista ha sido una lógica de guerra, sustentada en el desconocimiento de las reglas del juego, por lo que el adversario es siempre un enemigo y no un opositor.

Esto ha impedido lo que en la terminología de Norberto Bobbio se define como el "ideal de la renovación gradual de la sociedad

11. Pág. 152.

mediante el libre debate de las ideas y el cambio de la mentalidad y la manera de vivir...".¹² Obstrucciones que no se limitan a la ideología trujillista ni a su continuación balaguerista, sino que permean las prácticas discursivas y sociales del conjunto del sistema de partidos.

Uno de los resultados más significativos de esta ausencia de debate es la difusa noción de ciudadanía prevaleciente en la sociedad dominicana de hoy. Las aspiraciones colectivas mayoritarias parecen responder a la adaptación al contexto social existente como una deliberada estrategia para la consecución de determinados objetivos económicos y sociales. Para lograrlo las masas recurren a la utilización de los medios disponibles. Esto explicaría, también, por qué el sistema de partidos, pese a su progresiva pérdida de representatividad social, constituye todavía hoy el vínculo entre la sociedad y el Estado, mientras la sociedad civil y sus organizaciones padecen una crónica debilidad.

Entre el pasado y el presente existe una línea de continuidad con escasos desvíos: prolongación de liderazgos políticos gestados bajo la dictadura, y permanencia durante todo el período posttrujillista de liderazgos y dirigencias nacidas en el momento de la llamada "apertura democrática" de 1961. Igual siguen gravitando otros actores cuyas prácticas políticas y sociales reproducen la cultura autoritaria, al suplantar a los actores sociales naturales como agentes directos de la resolución de los conflictos, o entorpeciendo las reformas institucionales a fin de lograr objetivos corporativos.

Al decir lo anterior, se piensa en la permanente intervención de la Iglesia Católica en los desacuerdos y disputas sectoriales e intersectoriales prevalidada en un recurso de autoridad --su legitimidad social-- cuyo peso traba la autonomía de las partes opuestas. Y en empresarios individuales, vinculados por el prestigio

12. Bobbio, Norberto, *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, pág. 31.

y la fortuna, negociando con el presidente Balaguer al margen de sus organizaciones representativas.

A las puertas del siglo XXI, la sociedad dominicana está urgida de renovar sus prácticas sociales y discursivas y de eliminar los autoritarismos mesiánicos cubiertos y encubiertos, propiciando el surgimiento de nuevos sujetos sociales autónomos y fortaleciendo a los existentes. Libros como el de Rosario Espinal contribuyen de manera decisiva al logro de estos objetivos.